Ariella Papa

RED DRESS INK®

A punto de...



HARLEQUIN



A punto de…

Ariella Papa



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Ariella Papa. Todos los derechos reservados.
A PUNTO DE…, Nº 5 - agosto 2011
Título original: On the Verge
Publicada originalmente por Worldwide Library/Red Dress Ink.
Publicada en español en 2004
Traducido por Victoria Horrillo Ledesma

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
™ Red Dress Ink es marca registrada por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9000-714-3
Editor responsable: Luis Pugni

Para Megan y Mikie, por su inspiración cotidiana y apoyo constante.

Agradecimientos

Aunque ellas no lo sepan, muchas personas me ayudaron a escribir este libro. Quiero dar las gracias a todos mis amigos, familia y compañeros de trabajo. Y especialmente a las siguientes personas, por esos pequeños extras que tanto me influyeron:

Grazie a Anne Marie, por los almanaques y el queso. Gracias a Becky, Beth y Jimmy por las noches de desparrame en el Big Chill y por una vuelta al mundo aún por llegar. A Cav, por dejarme comer las patatas de su madre. A Cheryl, por la ropa y la inspiración. A Colleen, por la búsqueda de apartamento. A Corby, por los portugueses. A Dolvie, por sus absurdas cancioncillas. A Erica, por los recuerdos de la fiesta de Navidad. A Josh, por los brindis cinematográficos. A Kristy, por su tripita. A Maclin, por recordarlo todo y por una noche de 1986. A mi editora, Margaret Marbury, por llevarme de la mano a través de este proceso fascinante y loco. A Matt Wood, por traducirme la jerga jurídica en un bar un pelín ruidoso.

Gracias a las familias Papa y Botte/Leislle. A Ratha (¡qué trasto eres!) por ser una fuente inagotable de alegría y bondad. A Rick, por Los Ángeles. A Riz, por las

galletas Otis Spunkmeyer. A Romolo, por Italia. A Snappy Cohen, por no querer sentarse nunca en el piso de arriba. A Travis, por no parecerse a ninguno de los personajes de este libro. A Zoe, por la mayonesa y los consejos.

Quisiera darle las gracias especialmente a mi padre, Rocco Papa, por su amor incondicional y por los mejores escalopes de pollo del mundo entero.

Prólogo

A veces pienso que ya debería haberme dado una crisis nerviosa, para quitármela de encima de una vez. Vale, en el instituto tal vez hubiera sido un poquito dramático, pero ¿en la universidad? Estoy segura de que en la universidad podía haberla tenido perfectamente. A mucha gente le pasa. Podía haber montado un pequeño pero justificable escándalo. A las chicas que «se toman un descanso», en realidad nunca les pasa nada malo. Una crisis nerviosa la hace a una interesante. Podía haber pasado de ser la comidilla de la facultad durante una semana, a convertirme en punto de referencia para las alumnas deprimidas de los cursos siguientes. Yo ardía en deseos de sumirme en la depresión, pero estaba tan ocupada sujetándole la cabeza a todas mis amigas mientras potaban en la cafetería de la facultad, que al final no pude hacerlo.

Pienso decirles a mis jefes que me dejen escribir algo para la revista. ¿Qué más da que *El Ciclista* no sea precisamente lo que esperaba durante los cuatro años y medio que pasé en la facultad sin que me diera un ataque de nervios? A fin de cuentas, es un principio, ¿no? Algo que poner en el currículo. Algo de lo que mi madre pueda presumir delante de sus amigas, a las cuales, por supuesto, les importa un pimiento.

Hace unos meses, escribí una crónica totalmente in-

ventada sobre un hombre que se cayó de la bici de pequeño y desde entonces se negaba a montar. En la historia, mi personaje, el narrador, acababa convirtiéndose en cirujano, pero aun así notaba que le faltaba algo. No sentía ningún alivio tras extraer todos esos corazones, hasta que recuperaba su primer amor: la bicicleta. El aire fresco lo tranquilizaba, se quitaba kilos de encima y, además, volvía a conectar con el aventurero que soñaba ser. Escribí el artículo desde el punto de vista de un tío de treinta y dos años y era una trola de principio a fin, pero apelaba al sector demográfico que lee la revista. Se lo mencioné a mis jefes y dijeron que hablaríamos cuando cerráramos el número de ese mes. Todavía estoy esperando.

Por desgracia, uno de nuestros principales anunciantes, un fabricante de agua embotellada, está siendo investigado. Parece que un tío de Dearcreek, Montana (sin duda uno de nuestros lectores), se puso malísimo tras pegarse una caminata de veinte kilómetros. Dice que el agua sabía rara y que unos científicos creen que esa marca no es precisamente la más higiénica. Afortunadamente, el asunto no ha trascendido, pero está claro que este no es el mejor momento para hablar con los peces gordos.

Yo me consuelo pensando que a los becarios les parezco una tía estupenda. Me respetan porque me ocupo de reponer el material y de encargar la comida. Si se portan bien, les doy un montón de notas adhesivas y puede que hasta incluya una pequeña cantidad de grasa en las insípidas comidas vegetarianas que me veo obligada a encargar.

Llevo casi siete meses trabajando de secretaria en la revista. Estaba trabajando temporalmente en la Prescott Nelson Inc., el inmenso conglomerado editorial al que pertenecen *El Ciclista* y otras revistas. Está aquí al

lado, en Times Square, la encrucijada del mundo. A pesar de que les supliqué a los del departamento de recursos humanos que me dejaran trabajar en *Castores furiosos*, su publicación feminista, ellos me aseguraron que *El Ciclista* era un sitio fantástico. Yo me aguanté porque reparé en uno o dos anuncios de cosméticos que se habían deslizado en las últimas páginas de *Castores furiosos*. Ello me permitió hacer el siguiente razonamiento: «Bueno, sí, yo quería trabajar en *Castores furiosos*, pero ahora dudo de su línea editorial. El grupo Fabian Nail tiene unos inversores un tanto dudosos, y además me da en la nariz que son del ala derecha». Con esto recibía el deseado asentimiento de comprensión por parte del pasota o del pelma de turno al que se lo estaba contando. Era una auténtica vendida.

El pelma al que se lo estaba contando la noche que estalló el escándalo del agua embotellada (bueno, supongo que llamarlo *escándalo* es un pelín exagerado, pero esto es Nueva York y el caso es dar el pego) no era el típico contable de camisa blanca y pantalones de pinzas que cuando sale de noche se disfraza de desarrapado. Aquel tipo me dijo que tenía uno de los trabajos más acojonantes de la ciudad: era ejecutivo en una discográfica, o por lo menos trabajaba a las órdenes directas de uno. El tío me dio a entender montones de cosas mientras me atiborraba de chupitos de vodka (mi bebida predilecta, a la que me había pasado tras abandonar los gin-tonics tres meses antes. Me recordaban demasiado a la facultad).

Mientras me comentaba el lanzamiento publicitario de un nuevo cantante de trip-hop que se hacía pasar por británico, noté que el pelo del pecho se le salía, rizado, por el cuello de la camiseta negra. Encontré aquello extrañamente atractivo, señal de que, en

efecto, estaba madurando. Él se llamaba Zeke y justo empezábamos a inclinarnos el uno hacia el otro como dos borrachines cuando Tabitha, en cuya casa iba a dormir esa noche, se acercó tambaleándose y farfulló que quería marcharse. Yo le dije que sí de mala gana.

Sabía que era absurdo hacerme ilusiones con aquel tipo, pero he de admitir que mi plan de triunfar en la gran ciudad no estaba saliendo como yo esperaba. Lo cual podía deberse en gran medida a la falta de un compañero adecuado. Yo necesitaba un hombre que me ayudara, que me apoyara, que me acompañara a todas las fiestas benéficas de la ciudad y que secretamente aspirara a director de cine. Quería un chico al que pudiera aludir en mis artículos sin avergonzarme de él. Un chico que, como yo, estuviera a punto de algo.

La cabeza me daba vueltas en el asiento de atrás del taxi. Tabitha, desplomada sobre mi hombro, roncaba suavemente. Yo me preguntaba si tendría que subirla a cuestas los seis tramos de escaleras que hay hasta su apartamento. Tal vez se echara una siesta junto a la taza del váter y luego lograra encontrar a tientas la cama. Prescindí de todo cumplido con Yaleek, el taxista, que iba a toda leche, y pensé en las promesas de Zeke. Me había dicho que podíamos salir algún día a comer sushi. Yo no pude ocultar mi alborozo aun sabiendo que era un error, y, cual vampiresa, le pedí su número de teléfono sin darle el mío. Sí, estaba sembrada. Y aquello era sólo el principio. Iba a apoderarme de la cama de Tabitha. Nada me detendría. Muy pronto, me convertiría en la directora de la revista.



Septiembre

Supongo que querréis saber qué ha pasado con Zeke. Bueno, pues Tabitha también. Aunque a él lo conocí el jueves y me he pasado con ella todo el fin de semana de fiesta, quiere saber si desobedecí sus preceptos.

–Tab, ¿qué fue lo último que me dijiste ayer, cuando volvíamos a casa?

–En primer lugar, me llamo Tabitha, no Tab. No soy ni una bebida light, ni estamos en los años ochenta. En segundo lugar, sé a qué te refieres, pero quién sabe: puede que, al cruzar el límite entre los estados, la chica de Jersey que hay en ti aflore y se insubordine.

Aj. Como siempre, el estigma de ser de Nueva Jersey asoma su fea cara. Si por lo menos viviera en Manhattan, podría callarle la boca de una vez por todas.

–Me dijiste que esperara tres días. Y ya han pasado más de tres días. Mucho más de lo necesario. Y, de todos modos, sé que él está por encima de esos juegos de niños.

–¿Por qué? ¿Porque no era un universitario pijo? Y tú qué sabes. Sólo te impresionó porque dice que sabe comer con palillos. Como le pediste el teléfono, seguro que piensa que eres una feminista, cosa que eres, pero que, por lo que a él respecta, significa únicamente que

te va la marcha. En cuanto lo llames, empezará a sacarle brillo a las esposas y al collar de perro, lo cual está muy bien si te gustan esas cosas, pero tú sabes perfectamente que eres más bien del tipo hermanita de la caridad.

–¿Tú nunca te paras a tomar aire?

–No tengo tiempo. ¡Oh, mierda!

–¿Qué pasa?

–La Cangrejo se ha puesto el traje de Prada. Hoy viene dispuesta a dar caña.

–Pensaba que cuando iba de Prada es que tenía el periodo y retenía líquidos.

–Eso es cuando se pone el traje negro. Hoy no me llames. Y, recuerda, espera hasta mañana para llamar al músico.

–Productor discográfico... –digo yo mientras ella me cuelga.

Lorraine, mi supervisora, está de pie junto a mi mesa cuando cuelgo. Odia la ciudad, pero siempre me está preguntando por los sitios de moda. Ojalá yo estuviera tan al día como parecen creer Lorraine, su marido y sus perros. Lorraine me da unos datos para que los introduzca en la parrilla de asignaciones. Para eso me pagan a dieciocho cincuenta la hora. Pero, claro, otros se pasan el día delante de parrillas calientes, friendo patatas fritas por un cuarto de lo que gano yo. Anoto en las casillas los datos de los artículos que se van a publicar en los próximos meses: quién está escribiendo sobre la bici del mes, o sobre el mejor asiento de bici, o sobre qué libros contienen escenas de ciclismo significativas. Como si alguno de nuestros lectores sacara alguna vez la bici.

Introducir todos esos datos es aburridísimo y, como no tienen que estar en el sistema hasta la semana que viene, siempre lo dejo para el último mo-

mento. En realidad, lo hago en un pis pas y es mi única responsabilidad. Me paso el rato mirando fijamente el salvapantallas, que es el típico de las estrellitas que viene con Windows. Sé que podría invertir ese tiempo mucho mejor. Podría empezar a escribir. Podría pensar en un artículo y ponerme a investigar (al fin y al cabo, nadie me controla las llamadas). Pero, por la razón que sea, me paso el rato aquí sentada, sin hacer nada. Y, sin embargo, me siento bien. Estoy en Nueva York.

Durante los últimos dieciocho años, septiembre ha sido sinónimo de cambios. A mí me encantaba el otoño porque significaba ropa nueva, clases nuevas, un nuevo año. Desde el parvulario a mi último curso de repetidora en la facultad, siempre he creído que algo nuevo y maravilloso iba a pasar. Que todo lo malo que hubiera pasado el año anterior iba a quedar mágicamente borrado del encerado.

Estoy trabajando desde febrero, cuando al fin acabé la carrera y volví a casa de mis padres. A pesar de que hubo un par de tormentas, el invierno fue suave. Tan suave que me engañaba pensando que este verano las vacaciones serían fantásticas y que, cuando acabaran, o bien retomaría mi carrera académica, o bien despegaría hacia la fama. Es imposible que esto, esta tediosa existencia de secretaria, se convierta en mi forma de vida (glup).

Casi estamos a mediados de septiembre y aún sigo con esta rutina de nueve a cinco, como un hámster dando vueltas en su rueda. Pero, en fin, para qué engañarse: esto es lo que hay. No podía ignorar la moda de otoño y volver a los saldos de universitaria sin un duro en los bolsillos. Mi hermana Mónica, la eterna estudiante, ha vuelto a Massachussets a hacer su tercer máster, esta vez en estudios de género. No hay duda:

yo voy a estar aquí estancada un tiempo, pero pienso disfrutarlo.

El caso es que adoro Nueva York. Sobre todo, la idea de estar en Nueva York. Mis amigas de la universidad me envidian sólo porque trabajo en Prescott Nelson. Los vecinos de mis padres (algún día tendré mi propia casa) están todavía alelados porque trabaje en la gran ciudad. Pero, naturalmente, son de Nueva Jersey: a esos les impresiona hasta que las puertas de los garajes se abran por control remoto.

Cuando me olvido de las cosas buenas, lo que más me agobia es el total estancamiento de la rutina en que he caído. El sueldo no está mal, pero cada semana significa más de lo mismo. Sin embargo, en los ascensores llenos de gente nadie parece darse cuenta. Supongo que será porque les encanta formar parte de este gran imperio editorial, aunque sean unos don nadies. A ellos, lo mismo que a mis amigos de la facultad y que a la gente de mi pueblo, les encandila el nombre y la idea de algo que nadie consigue en realidad identificar. Yo procuro pensar de otro modo.

Tabitha es uno de mis grandes alivios. Es una de las pocas amigas que tengo en el trabajo. Lo mejor de todo es que vive en la ciudad y siempre sabe lo que está de moda y lo que no. Nos conocimos en el set de las secretarias, el día que ambas empezábamos a trabajar. Yo llegué lista para emprender mi carrera pisando fuerte. Llevaba puesto mi traje Jackie Onassis: retro, pero respetable.

Tabitha es una chicarrona de Texas. Sé que es una simplificación expresarlo así, y ella odiaría que se refirieran a ella de ese modo. Robusta, rubensiana, escultural: esas son las palabras que elegiría. No es que esté gorda. Bueno, puede que sí, pero sólo según los criterios de Calvin Klein. Sin embargo, ello no

parece afectarla y, desde luego, no tiene intención de cambiar.

Yo creo que todos los hombres, sean de la clase que sea, se sienten atraídos por Tabitha a pesar de su tamaño. Ella sobre todo sale con extranjeros: hombres de negocios italianos, jugadores de fútbol argentinos, y creo que hasta algún miembro de la realeza kuwaití. Los extranjeros se sienten inmediatamente atraídos por ella. Tabitha dice que es más seguro salir con ellos, porque «si están aquí, es que pueden permitírselo». En Tabitha, todo es imagen. Yo la he visto gastarse una fortuna en ropa. Aún no sé cómo lo hace, porque paga un alquiler al precio de Nueva York y gana lo mismo que yo.

–Sencillamente, sé fijar mis prioridades –dice cuando, a veces, no puedo permitirme salir de compras con ella.

Tabitha siempre rehuye hablar de dinero. Me pregunto si tendrá un fondo de inversiones. Como odia ir de compras sola, normalmente intenta persuadirme para que la acompañe amenazándome con regalos. Si no voy, es capaz de comprarme cualquier cosa que encuentre de mi talla. Tabitha es generosa, pero yo creo que lo que pasa en realidad es que quiere que sus amigas estén presentables. Aspira a moverse en los círculos elegantes, de modo que todo a su alrededor debe ser elegante. (Desafortunadamente, creo que yo nunca he conseguido estar a la altura de las expectativas que despertó mi traje Jackie Onassis).

Lo mejor de Tabitha son los incentivos de su trabajo. Los dioses del glamour le sonreían cuando consiguió su curro: es la asistente de la directora editorial de *NY de noche*, nada menos. Sí, esa también es nuestra. De Prescott Nelson Inc., quiero decir. El tío Pres, el fundador de la empresa, tiene mano en todas partes.

NY de noche cubre todos los acontecimientos sociales de Nueva York: estrenos de cine, inauguraciones de galerías, vida nocturna, cumpleaños de celebridades, fiestas benéficas y el batiburrillo de eventos publicitarios a los que sólo va la gente del *mundillo* para hacerse la foto. La jefa de Tabitha se llama Diana Milana. A Tabitha le gusta llamarla la Cangrejo (y supongo que os imagináis a qué mal hace referencia el mote).

La Cangrejo es famosa en la profesión. El primer día, le dijo a Tabitha: «A mí me gusta cumplir». Pero como tiene una agenda tan apretada, casi no le queda tiempo para asistir a las fiestas a las que la invitan como directora de la revista que «toma el pulso a la ciudad que nunca duerme», o cualquiera que sea el lema de *NY de noche*. Así que, cuando no consigue que ninguna de sus empleadas, todas ellas igual de ocupadas, asista a una de esas fiestas, ¿adiviná is quién acaba con varias invitaciones para una misma noche? A veces, nos pasamos la noche de un lado a otro, quedándonos exactamente una hora y cuarto en cada sitio (bueno, en realidad, eso ha ocurrido dos veces). Tabitha le carga a la empresa las facturas de los desplazamientos y, algunas noches, cuando conoce a algún extranjero conveniente, me manda a casa en un taxi pagado por la revista. ¡Gracias, tío Pres!

Yo daría cualquier cosa por un trabajo como el de Tabitha, pero por lo menos tengo los incentivos. No sé cómo sobreviviría en casa de mis padres si no. Hay fines de semana que me los paso enteros, desde el jueves, en el apartamento de Tabitha (que, por cierto, es una caja de cerillas). Por lo general, el jueves a mediodía nos hacemos la manicura, preparándonos para una noche de locura y desenfreno. El viernes apenas podemos movernos, así que antes de salir otra

vez nos echamos una siestecita. Luego, todo se convierte en un torbellino hasta que, el domingo por la mañana, Tabitha me lee la sección de estilo del *New York Times* mientras se toma un café bien cargado. Si tenemos suerte, comemos algo y nos bebemos una copita para aliviar la resaca. Yo regreso a Nueva Jersey, veo *60 Minutos* con mis padres y me pregunto cómo es posible que ya sea domingo por la noche otra vez y cómo demonios voy a superar los siguientes cuatro días.

Los lunes son fabulosos para poner excusas. Los lunes, puedo hacer cualquier estropicio y excusarme diciendo «estoy de lunes». Los lunes, nadie se fija en nada.

Pero este lunes, además, tengo otra distracción: la servilleta en la que Zeke me escribió su nombre y sus números de contacto. Escribió *Zeke* con grandes y sólidas letras –las típicas letras de tío–, ligeramente temblorosas por la ingesta de alcohol, y luego los números. Lo más interesante de la servilleta es cómo cruza los sietes. Mi abuela, la italiana, cruzaba los sietes así. Debe de ser cosa de europeos. Me dan ganas de llamarlo esta misma noche, pero ¿no pareceré muy desesperada? Aunque, por otro lado, ¿no se mosqueará si lo hago esperar?

El martes, se me presenta otro dilema: ¿a qué número lo llamo y cuándo? Si lo llamo al trabajo, puede que esté ocupado promocionando a algún nuevo astro de la canción y tenga que cortarme bruscamente, lo cual me agriaría la llamada. Además, puede que no me dé tiempo a darle mi número de teléfono, lo cual me obligaría a considerar si estaba o no realmente ocupado o si es que me encuentra físicamente repulsiva y, por tanto, si quiero o no quiero volver a llamarlo.

Si lo llamo a casa, puede que me salte el contesta-

dor. Y puede que él se pregunte por qué lo llamo a casa entre semana, si está trabajando.

Si lo llamo al busca, puede que no reconozca mi número y no me llame, obligándome a repetir la llamada o a marcar otro de sus números, cosa que lo echaría todo a perder, porque de nuevo parecería desesperada. O puede que llame a todos los números que ve en el busca porque podrían ser llamadas de negocios, en cuyo caso lo estaría forzando a llamarme, cosa que no quiero. Sin embargo, lo que tengo claro es que *no* quiero hablar con él, así que debo llamarlo a un número en el que sepa que me va a salir un buzón de voz. Puedo intentar llamarlo a la hora de la comida, pero ¿y si está tan liado que no puede salir a comer y contesta? Naturalmente, siempre puedo colgar, pero ¿y si tiene identificador de llamadas, marca mi número y tengo que contestar y piensa que soy una cría?

Está bien, lo llamaré a casa. Ahora bien, ¿qué le digo? Bajo la voz una octava (dios mío, ojalá fumara y bebiera como un cosaco; así tendría voz de mujer fatal. ¿Cómo voy a emanar sensualidad si tengo la típica voz de veinteañera soltera y sin compromiso?).

Posibles mensajes: «Hola, Zeke, soy Eve, tengo un antojo de sushi y me preguntaba si la oferta sigue en pie». Pero ¿y si no se acuerda de nuestra supuesta cita? ¿Sonará sexual? ¿Creerá que estoy comparando su pene con el pescado crudo?

O bien: «Zeke, soy Eve. He estado pensando en tu pelo del pecho. Si tú has pensado también en mis pechos, llámame». Puede que esto sea demasiado y, además, yo quiero que me quieran por mi belleza interior.

O bien: «Zeke, soy Eve. Nos conocimos el jueves. Este es mi número. Llámame». Lo del jueves puede que suene a demasiado interés, como si hubiera pen-

sado mucho en esa noche en el bar. Como si hubiera ido tachando los días en mi almanaque Filofax.

O bien: «Hola, Zeke. Soy Eve. Nos conocimos el fin de semana. Por favor, llámame». ¿Por favor? Pero ¿qué digo? Eso es como si dijera: «Mi vida depende de que me llames. Hace tres meses que no salgo con nadie y, por supuesto, que no echo un polvo. Estoy a punto de poner un anuncio en la sección de *Todo vale* del *Voice* sólo para tener contacto humano».

O bien: «Eh, Zeke, ¿qué tal va eso? Soy Eve, la del fin de semana. Sólo llamaba para ver qué tal. Llámame cuando puedas». Razonablemente neutral. Lo anoto y marco. Suena tres veces y luego salta el dichoso contestador... con una voz femenina que dice: «Hola, y Zeke no están en casa en este momento, pero su contestador, sí». Bip.

Cuelgo. Vive con alguien. ¿Cómo es posible? ¿Quién es esa Heather? ¿Y qué clase de nombre es Heather?

–Un nombre pasadísimo –dice Tabitha cuando nos encontramos en un descanso para fumar.

–Y yo que me había hecho ilusiones. ¡Ya estaba practicando, a ver si conseguía comer seductoramente con los palillos!

–Bueno –dice Tabitha, soltando el humo–, puede que sólo sea su compañera de piso.

–Venga ya. Eso de «su contestador» significa que están juntos.

–No sé. Si estuvieran juntos, seguramente habría grabado él el mensaje.

–Ya te dije que no es de esos. Es diferente, especial. Y ahora se ha ido.

–Es realmente trágico. Mira, Eve, tú llámalo al trabajo. Así te enteras de qué pasa. No le digas que has llamado a su casa y reza porque no tenga identificador

de llamadas –tira el cigarro y se dirige a la puerta–. Pero, hagas lo que hagas, dale tu número del trabajo. Ni se te ocurra darle el de tu casa. Porque supongo que no querrás que se entere de que eres de Jersey.

Espero otro día y finalmente marco a toda prisa, no vaya a ser que me arrepienta. «Buzón de voz, buzón de voz, buzón de voz», pienso a modo de mantra.

–¿Diga?

Mierda.

–¿Zeke?

–Sí.

–Hola, soy yo, Eve, la de este fin de semana.

–Ah, Eve. Hola, Eve. Estaba esperando que me llamaras.

¿Esperando? ¿Estaba esperando que lo llamara? El corazón me da un brinco de alegría, el estómago se me encoge, otras partes de mi cuerpo se agitan ante la posibilidad de recibir por fin un poco de atención.

–Bueno, iba a llamarte ayer, pero estuve muy liada. Ya sabes lo que es esto –me imagino a Tabitha aplaudiéndome. El fin de semana fue un torbellino, mi trabajo es muy estresante y complicado...

–Sí, claro, dímelo a mí, que estoy ahora mismo en mi mesa –¡alerta de inferioridad! Su trabajo *es* muy estresante y complicado–. Me pasé todo el fin de semana revisando el trabajo de unos grupos espantosos. Y encima sus supuestos agentes, unos tipos de Long Island o de Jersey que no tienen ni idea, no dejaron de darme la paliza.

–Qué asco.

–Exacto –él se ríe. Una risa agradable, cálida y masculina. Heather tiene que ser su hermana. Cuando Zeke y yo hayamos afianzado nuestras respectivas carreras y demos el gran paso, será mi dama de honor–. Bueno, Eve, entonces ¿quieres que salgamos o qué?

–Claro. Me encantaría.

–¿Qué te parece mañana?

¿Mañana? Seguramente muy precipitado, pero antes de que pueda poner la llamada en espera para consultárselo a Tabitha, a él le suena la otra línea, así que le digo que sí y él me dice que me llamará para quedar.

Llego al restaurante cinco minutos tarde. Voy perfumada, peinada con secador y depilada en los sitios adecuados (sólo por si acaso). El sitio es exactamente como me lo había imaginado: un pequeño local de moda del East Village, lleno de gente guapa. Intento que no se note que estoy impresionada, pero ¡espera un momento!: ¡no está en la barra! ¡Mierda! Si llega más tarde que yo, pensará que he llegado pronto. Puede que ya esté sentado. Le pregunto a una mujer con quimono si hay otro salón y señala hacia el fondo, donde hay un típico comedor japonés para entrar al cual hay que quitarse los zapatos. Gracias a Dios que me rasparon la piel muerta al hacerme la pedicura. Zeke me saluda desde una de las mesas bajas. La camisa que lleva resalta las pintitas verdes de sus ojos. Hay un instante de aturullamiento mientras me quito los zapatos para entrar en el salón.

–Hola –digo, arrodillándome junto a la mesa.

–Estás guapísima.

¡Vaya! ¿Voy a sonrojarme?

–Bueno, gracias, tú tampoco estás mal.

Extiende el brazo sobre la mesa y me toca la barbilla. No esperaba el contacto físico tan pronto, pero me gusta.

–Ya he pedido. La primera ronda, por lo menos. Luego eliges tú.

–Genial –me sirve un poco de sake. Yo me lo bebo. Es muy reconfortante. Me sirvo un poco más. Él sonríe.

–Tengo un alto índice de tolerancia al alcohol –digo.

–¿De veras?

–Sí, nunca fui muy popular en las fiestas de la facultad –él parece tener la desconcertante costumbre de quedarse mirándome y sonreír. Yo le doy otro viaje al sake–. ¿Qué pasa?

–Nada, que eres preciosa.

–De verdad, Zeke, vas a hacer que me ponga colorada. Bueno, háblame de tu trabajo.

Empieza a hablarme de la gente a la que representa su compañía y, aunque en la mayoría de las historias él no participa, resulta entretenido. Le dan muchos compactos promocionales. Dice que tiene dos mil discos.

–Tengo una cadena en la que pueden meterse treinta compactos. Me mata de gusto.

–Ah, entonces, ¿vives solo?

–No, tengo una compañera de piso. La ex novia de un amigo. Menuda zorra.

Odio que un tío llame zorra a una mujer. Está muy trillado y me parece de mal gusto. Zeke me pareció un tío bastante sensible, pero, claro, yo estaba un tanto bebida, así que estoy a punto de decirle mi opinión sobre este asunto amablemente, pero llega el sushi. Es precioso, todo lleno de colorines. Me encanta el sushi. Zeke sirve más sake y junta las manos, satisfecho de su elección. La verdad es que no hay nada más sexy que un tío que sabe pedir.

–Empieza tú.

Yo me pongo a ello.

–Y tú, Zeke, ¿de dónde eres?

Se ríe un poquito.

–Bueno, he vivido casi toda mi vida en California. Ahora vivo en la calle 12 Oeste –eso está en un barrio

de moda, pero apuesto a que no es de donde dice ser. Me apuesto algo a que es de Long Island. Mientras no se contradiga...–. ¿Tú dónde vives? ¿De dónde eres? Cuéntamelo todo, Eve.

–Oh, ahora estoy con una amiga que vive en el Upper East Side. Ya sé que es horrible. Estamos buscando otro apartamento –es hora de cambiar de tema. No pienso decirle que vivo en Jersey–. Qué bien que hayas pedido dos de cada. Me encanta el pescado.

Comemos durante un rato. Yo siempre me siento más relajada con la boca llena. Estoy tan enfrascada comiendo que no me doy cuenta de que está mirándome otra vez. Dejo los palillos y me limpio la boca.

–No pares. No pasa nada. Es sólo que me gusta verte comer. Es muy erótico.

–Tal vez deberías concentrarte en tu cena.

–Eso sería una especie de masturbación.

Yo estoy a punto escupir el sake encima de las sobras del sushi. Me atraganto. Empiezo a toser. La camarera trae agua y Zeke se inclina y empieza a darme palmaditas en la espalda. Yo recupero la compostura y respiro hondo. ¿Irá en serio?

–No quería ofenderte. De veras. Lo siento. No puedo evitarlo. Soy una persona muy sexual y lo estoy pasando muy bien. Quiero que estés a gusto.

–Oh, lo estoy –la jarrita del sake está vacía. Pido más–. Totalmente.

Cuando no está observando fijamente cada bocado que doy, Zeke habla de sí mismo. Bueno, en realidad insinúa muchas cosas sobre sí mismo. Todo lo deja caer. Una posible casa de verano, una universidad cara, un libro que quiere escribir, amigos que trabajan en el cine independiente... Parece todo demasiado bueno para ser verdad. Y, además (lo juro), tiene la tendencia a referirse a sí mismo en tercera persona.

Ejemplo: «Para Zeke, todas las mujeres deberíais estar en un pedestal». Así como os lo cuento.

Por la razón que sea, acepto ir a Veniero's con Zeke. A estas alturas, el sake empieza a subírseme a la cabeza. Él pide unos chupitos de grapa «para hacer la digestión». Lo detengo antes de que me obligue a lamerle la crema de los *cannoli* de los dedos.

–¿Sabes, Eve?, lo que pasa es que para mí el placer de una mujer es más importante que el mío. Su placer –dice, entrelazando los dedos–, vale mucho más que su dolor.

–Bueno, Zeke, esa es una postura admirable.

–¿De veras lo crees, Eve? –juraría que está muy satisfecho de sí mismo–. Hace mucho tiempo que no satisfacía mis sentidos tan plenamente. Me lo estoy pasando muy bien. Me apetece rugir. Me siento primitivo, animal –pasa los dedos por mi pelo y gruñe. ¡Sí! ¡Gruñe! Los señores italianos de la mesa de al lado nos miran. Puede que ellos me rescaten. ¿Estará ocurriendo esto de verdad? ¿No estaré teniendo una alucinación alcohólica? ¿De veras ha dicho eso?

–Háblame más de ti, Eve. ¿Qué cosas te gustan? Quiero conocerte.

–Bueno, verás, Zeke, yo soy más bien compleja; es largo de contar.

–Tengo toda la noche. Tenemos toda la noche.

Necesito salir de aquí. Quiero irme a la cama. Ojalá tuviera un chófer.

–Creo que será mejor que lo dejemos para la próxima vez. Estoy agotada, ¿sabes?, de la emoción. Y además mañana tengo mucho lío en el trabajo. Los plazos de entrega y todo eso. El mundo loco de las revistas.

No puedo creer que me haya hecho la cera tipo biquini para esto.

–Ah, bueno, sí, claro, Eve. Deja que te pare un taxi.

Por suerte, hay uno allí mismo, y yo estoy deseando librarme de un adiós aparatoso.

–Una noche deliciosa. Tenemos que repetir –le ofrezco la mano, pero entonces va él y me da un beso apasionado contra el taxi. Y el caso es que no está mal.

El caso es que, ya sea por el sake o por el modo en que frota su pelvis contra la mía en medio de la calle 11 Este, no estoy muy orgullosa de lo que pasa después.

–¿Y bien? –pregunta Tabitha a primera hora de la mañana, por teléfono.

Yo tengo una resaca de mil demonios. El zumo de naranja de seis dólares y la tostada que me he metido entre pecho y espalda no han hecho nada por mi cabeza.

–Bueno, digamos que es una suerte que el Gap esté abierto a las nueve.

–¡Oh, Dios mío, qué escándalo! ¿Estuvo bien? ¿Cómo de bien?

–No, fue horrible. Bueno, no horrible en cuanto a la satisfacción de nuestros mutuos deseos, pero sí en el sentido de que estoy desesperada y soy capaz de cualquier cosa con tal de echar un polvo.

–Bueno, cuéntamelo todo. Sáltate el sushi y empieza con el sexo.

–Pues nos enrollamos en el taxi, de camino a su casa...

–¿Dónde vive?

–En el West Village, en un apartamento muy bonito. Su compañera de piso, a la que llama cariñosamente «zorra», estaba de viaje de negocios.

–Qué oportuno. ¿La casa tiene dos habitaciones?

–Sí. Fue lo primero que miré.

–Esa es mi chica. Bueno, entonces, ¿te quitó la ropa?

–No. Es que me dieron ganas de hacer pis. Por el sake y todo eso. El caso es que fui al baño...

–Algunos detalles puedes ahorrártelos.

–Vale. Cuando salí, había bajado las luces y había puesto, supongo que en la cadena de los treinta compactos, un disco de *rhythm and blues* de esos de hazle el amor a tu chica, y estaba tumbado en el sofá, con sus calzoncillos de Calvin Klein. Y ya sabes lo que pasa con los calzoncillos: su polla luchaba por liberarse de sus ataduras.

–¿Y qué tal está de cuerpo?

–Bueno, digamos que podía haberse hecho la cera.

–¡No! –chilla Tabitha–. ¿Dónde?

–En los hombros.

–¡Madre de Dios! ¡No puede ser!

–¿Cómo iba a inventarme una historia así? Y baja la voz, que la Cangrejo te va a dar un toque.

–Mierda, tienes razón. Acaba de mirarme con el ceño fruncido. Dios mío, qué patas de gallo tiene. Oye, te llamo dentro de dos minutos. A ver si se le pasa. No te muevas de ahí. Tienes que contarme el resto.

Me cuelga. Los dos minutos se convierten en tres horas. Por fin me levanto para ir al baño. De vuelta a mi sitio, me cruzo con el gran jefe, *mi* jefe: Herb Reynolds, el hombre que controla todo el trabajo editorial de la revista. Tiene esa expresión ufana de quien nunca ha tenido que esforzarse mucho por nada. Es un hombre que cree en la integridad de lo que escribe y está sinceramente convencido de que con su *trabajo* (o séase, relatar minuciosamente su lucha por hallar la independencia en la carretera, un hombre a solas con su bici, la importancia del ejercicio físico para el Espíritu Americano, etcétera) está contribuyendo de algún modo al progreso del periodismo americano. A mí me parece al mismo tiempo un poco ridículo y un poco

amenazador, pero es un buen contacto. Si alguna vez tengo esperanzas de que publique mi artículo sobre el cirujano ciclista, o cualquier otra cosa, tendré que besarle el culo más de lo que se lo beso ya. Se supone que soy su asistente, pero su oficina ocupa una esquina al otro lado de la planta. Nuestros teléfonos ni siquiera están conectados. Mi único contacto real con él consiste en reservarle los billetes cuando viaja o pasarle los informes de gastos de alguien para que los firme.

–Hola, Eve –dice con su sonrisa pomposa de siempre–. Iba a pasarme por tu sitio.

–¿Ah, sí?

¿Le habrá dicho alguien por fin que tiene en plantilla a una escritora extraordinariamente dotada que malgasta su talento en un trabajo ingrato?

–Sí, ¿puedes revisar mi agenda y fijar una reunión con Lacey Matthews? –me da una tarjeta.

–Ah –digo–. ¿Y esa quién es?

–Una periodista independiente. Queremos que escriba algo para nosotros. Para atraer al público femenino.

–Genial –digo yo mientras pienso en hacer cachitos la tarjeta–. La llamaré hoy mismo.

–Sí, cuando tengas un rato.

Como si no tuviera ratos de sobra.

–De acuerdo. Genial.

Yo a todo digo que «genial». Pongamos por caso que me viene una persona de dudosa autoridad y me dice: «Eve, ¿por qué no cuentas todos los clips del departamento y luego los divides en siete montones iguales?». Y yo: «Genial. Ahora mismo me pongo con ello».

A veces, cuando noto que se me está yendo la mano con el entusiasmo, me meto en el baño, me miro al espejo y empiezo a poner alternativamente mi sonrisa

más falsa y mi mueca más espantosa. Ello hace que me sienta mucho mejor respecto al hecho de ocupar un lugar tan bajo en la cadena creativo-corporativa.

Cuando vuelvo a mi mesa, la luz roja del contestador parpadea: un mensaje de Tabitha. Se cabrea porque no esté en mi sitio e insiste en que vayamos a El Rincón, la cafetería de la empresa, para que le cuente el resto de la historia. La llamo y quedamos en vernos veinte minutos después. Naturalmente, llega tarde. Yo espero en el lugar de encuentro, en la puerta de El Rincón, procurando mantener a raya al guardia de seguridad. A él le gusta más Tabitha, pero hoy parece que se conforma conmigo. Cuando acababa de preguntarme si mi marido (le he dicho que estoy casada) sabe hacerme el amor, lo llaman por el walkie-talkie. Él escudriña la zona y asegura al otro que por allí no hay ningún peligro.

–Menos tú, claro –dice, enseñándome sus feos dientes al sonreír.

–Sí, yo soy un auténtico peligro –digo, mientras observo fijamente mi carné de empleada, confiando en que deje de hablarme.

–El gran jefe va a salir.

–¿El gran jefe?

–Ya sabes –señala el cielo.

Entonces lo entiendo. A Tabitha le va a dar un ataque de celos. Unos segundos después, nada menos que Prescott Nelson dobla la esquina acompañado de un asistente y dos fornidos guardaespaldas. Va cojeando (por el tiempo. Todo el mundo lo sabe: de joven, salvó valerosamente a tres personas en una desgraciada expedición de montañismo). Aparte de eso, parece un hombre muy activo para tener más de setenta años.

Entonces sucede algo asombroso. Tan asombroso

que casi pasa a cámara lenta. Nuestros ojos se encuentran y yo le sonrío y él me sonríe y, pasando a mi lado, se sube en el ascensor que lleva al último piso. Nada más cerrarse el ascensor, Tabitha sale de otro que baja. Yo intento mantener la compostura, pero no puedo.

–¡Guau! –dice Tabitha–. Estás resplandeciente.

–No es por eso –digo yo–. Era él.

–¿Quién? –le pongo la mano en el hombro. Le va a sentar fatal.

–Él –señalo hacia arriba.

–¿Él? –parece confundida, pero entonces comprende al fin. Lo noto porque empieza a temblarle el labio.

Tabitha está al borde de la histeria mientras nos comemos unas ensaladas de tortellini. Al parecer, lo peor de todo es que hoy se ha puesto su pañuelo de Hermes, y el gran Prescott no lo ha visto. No para de hacerme las mismas preguntas.

–¿Estás segura de que te ha sonreído?

–Nuestros ojos se encontraron. Si tuviera treinta años menos, podía haber sido mágico. Pero, aparte de eso, ha sido mágico de todos modos.

–Te das cuenta de que es culpa de ella, ¿verdad?

–¿Ah, sí? –pregunto, sabiendo de sobra que la Cangrejo es la fuente de toda maldad.

–Sí, me ha hecho imprimirle un montón de cosas para una supuesta comida de negocios. Pero todo el mundo sabe que es mentira. Sospecho que tiene una cita amorosa. Está claro: hoy viene de Donna Karan. Pero tiene que sacar esos documentos y hacer cambios ¿y qué más?, joder ¿Es que va a leérselos mientras quien sea se la mete?

–Bueno, seguramente es así como ha llegado tan lejos.

–Da igual. De todos modos, me alegro por ti, Eve,

aunque tú no lo admiras tanto como yo y me resulta muy duro mostrarme tan comprensiva.

–Tabitha, lo estás haciendo muy bien.

–Gracias –se queda callada un rato. Me pregunto si de verdad estará afectada. Me apetece mucho contarle el resto de la historia. Como casi nunca tengo nada sabroso que contarle...

–¿Y respecto al primate...? –esa es la Tabitha que a mí me gusta.

–Sí –digo, inclinándome hacia ella–. ¿Por dónde iba?

–Él había puesto la música sexy y estaba medio desnudo y cubierto de pelo.

Yo le doy un sorbo dramático a mi té con hielo.

–Bueno, pues yo me tambaleaba un poco, porque, he de admitirlo, me pasé con el sake, y voy y le digo «hola» porque me quedé un poco cortada, ¿sabes? No todos los días entra una en una habitación y se encuentra a un tío peludo en pelotas.

–Claro que no –dice Tabitha, comprensiva–. Pero ¿estabais a oscuras?

–Bueno, había poca luz. El caso es que me quedé allí parada como un pasmarote. La habitación me daba vueltas, ¿sabes?, y, la verdad te lo digo, a mí me apetecía, a pesar de todo aquel pelo. Porque de cuerpo estaba muy bien y además sabía pedir sushi –ella asiente–. ¿Quieres sentarte?, me dice. El caso es que me acerco al sofá y me siento en un huequecito a sus pies. Él me pone un pie encima y empieza, bueno, ya sabes, a tocarme con él. La verdad es que era agradable. Cerré los ojos y procuré que la cabeza dejara de darme vueltas. Pero en cuanto me descuidé acabamos en el suelo. De tarima.

–Bonito, pero incómodo.

–Exacto. Quitó una manta del sofá y me la puso debajo.

–Qué considerado.

–Así que empezamos a besarnos. Y no besaba mal. Pero a mí me daba la impresión de que me estaba besando al ritmo de la música. Claro que puede que fueran todo imaginaciones mías, por culpa del sake...

–¿Hasta lo del pelo?

–No, eso era muy... real. Enseguida me quitó la ropa...

–Naturalmente, habías tomado la precaución de depilarte las zonas no visibles.

–Sí. Y entonces sacó el condón...

–¿De dónde lo sacó?

–Bueno, afortunadamente, tuvo que ir a buscarlo a otra habitación.

–Por lo menos no iba excesivamente preparado.

–Sí, pero a mí me daba miedo quedarme dormida mientras esperaba a que volviera. Es que estaba muy borracha.

–Me lo imagino.

–Así que vuelve y empezamos otra vez por donde lo habíamos dejado...

–¿Y cómo te afectó lo del pelo?

–Bueno, la verdad es que no mucho. Así tenía donde agarrarme.

–¿A falta de un cabecero o, digamos, de un asiento de coche?

–Exacto. Bueno, más o menos. Debo decir que besa muy bien, que maneja muy bien las manos y que no se corta con las cosas importantes –sonreímos y asentimos al mismo tiempo.

–¿Y el acto?

–No exactamente memorable.

–Qué rollo.

–Sí. Cuando acabó, me quedé chafada.

–¿Porque no habías, eh, culminado?

–Exacto. Así que me mira y va y me dice: «ha sido precioso».

–¡No!

–Sí. Ya te lo he dicho: se pasó toda la noche diciendo cosas así.

–Madre de Dios.

–Entonces yo comprendí que ya había acabado y, sin darme cuenta, dije: «oh».

–¿Así, sin más? –ella se echa a reír.

–Sí, y me sentí bastante mal porque, aunque estábamos a oscuras, me di cuenta de que se quedó hecho polvo. Pero es que, ya sabes, después de llegar tan lejos, me pareció una pena que no saliera bien.

–Claro. Porque esperabas un orgasmo simultáneo.

–Sí. Así que le dije lo que podía hacer, y lo hizo bastante bien. La cosa funcionó y nos quedamos fritos en el suelo. Por la mañana fue un poco embarazoso, porque los dos teníamos muchísima prisa y yo no encontraba mi sujetador. Pero estuvo bien.

–¿Le diste un beso de despedida?

–Ajá. Pero creo que sólo en la mejilla. Fue todo muy rápido.

–¿En qué quedasteis?

–En que me llamaría.

–¿Quieres que te llame?

–No estoy segura.

Después de mucho pensarlo, decido que no quiero que me llame. Porque, a fin de cuentas, ahora mismo no me conviene una relación en punto muerto. Por lo menos, le he dado una alegría al cuerpo. Llevaba mucho tiempo de sequía, pero no sé si podría soportar escuchar a Zeke hablando de sí mismo y mirándome comer. Cada vez que suena el teléfono, tardo un momento en contestar, pero nunca es él.

–Eve Vitali –contesto una semana después. Esta vez es Roseanne, una de mis mejores amigas de la facultad.

–Hola, Eve. ¿Qué tal?

–Voy tirando. Salgo por ahí. Intento zafarme de las llamadas de un tío...

Roseanne lo entenderá, porque ella siempre tiene citas de lo más raro. Así que le cuento los detalles.

–Ay, Dios –se ríe de lo de los hombros peludos–. Pero por lo menos tenía un buen trabajo. Yo, por aquí, llevo una temporada que no salgo más que con dependientes de tiendas de informática.

Roseanne vive a las afueras de Hartford. Nada más salir de la universidad encontró trabajo en el departamento de contabilidad de una empresa. Lleva allí un año. Acabó la carrera en cuatro.

–Bueno, ¿y qué tal el curro, Ro?

–Bien, un poco aburrido.

–¿La contabilidad? ¡No! No puedo creerlo.

–He estado dándole vueltas a lo que hablamos.

–Ah –digo yo, intentando recordar. Roseanne tolera mejor que yo el alcohol, y ya es decir. Pero es que ella es de origen irlandés–. ¿A qué te refieres?

–Ya sabes, a lo de vivir juntas. ¿Te acuerdas?

–Bueno, la verdad es que no me apetece mucho mudarme a Hartford.

–No, cabeza de chorlito –típico término cariñoso de Ro–. Me voy a ir a vivir a Nueva York.

–¿De veras? ¿Has encontrado trabajo?

–No, pero soy economista. Lo encontraré. Además, tengo unos ahorrillos.

–Los alquileres son muy caros.

No sé por qué no muestro más entusiasmo. Y tampoco sé por qué tengo que mantener una promesa que hice estando borracha y de la que ni siquiera me

acuerdo. Quiero a Ro, de veras, pero es de un pueblo cutre de Connecticut y, además, economista.

–Sé que estoy preparada. Y, además, ¿no estás deseando irte de casa de tus padres? ¿No es lo que querías?

En eso tiene razón: ya va siendo hora de largarse de casa de Víctor y Janet.

–¿Cuándo piensas mudarte?

–Dentro de dos semanas –yo me atraganto con el capuchino granizado–. Puedo buscar trabajo y piso al mismo tiempo. Yo creo que podremos mudarnos a principios de noviembre.

Estamos casi en octubre.

–Puede que tardes en encontrar algo.

–Vamos, ¿no me dijiste aquella noche que sólo era cuestión de atreverse a dar el gran salto, que ya pensaría una luego si estaba lista para hacerlo? –¿yo dije eso?–. Bueno, pues yo me atrevo. Quiero ir a estrenos de cine, quiero codearme con los famosos y ganar mucha pasta.

–Ro, creo que deberías ser más realista.

–Sí, sí, lo sé. Lo seré, pero, si no lo hago ahora, puede que nunca lo haga. Y a ti también te vendrá bien. Te pondrá un petardo en el trasero.

¿En el trasero? ¿Cómo querrá vivir en Nueva York si ni siquiera se atreve a decir *culo*?

–Bueno, está bien.

–Entonces, ¿puedo quedarme contigo un par de semanas?

Con esas, todo queda decidido. Roseanne está dispuesta a dar el gran salto. Ella se va a venir a Nueva York y yo me voy a ir de casa de mis padres. Supongo que debería alegrarme. Roseanne puede ser la monda. Aunque para los hombres tenga un gusto, digamos, juvenil, es una chica estupenda. Por otro lado, irme de

casa de mis padres tiene clarísimas ventajas. El viaje de ida y vuelta al trabajo me hace polvo. Cuando viva en la ciudad, todo será diferente. Ahora mismo, me paso una hora en el autobús. Vivo en Oradell, un sitio precioso, pero asquerosamente periférico. Mis padres tienen una casa con cuatro dormitorios, dos baños y medio y garaje de tres plazas. Mi padre tiene un negocio de fontanería y mi madre trabaja media jornada en una agencia de viajes.

Me gustaría odiar a mis padres, pero no están tan mal. Parecen absolutamente satisfechos con su vida de extrarradio. Aunque a mi madre le salen baratos los viajes a cualquier parte del mundo, casi siempre veranean en Florida. Lo que más los preocupa de mi trabajo es que no tengo paga de beneficios. A veces me gustaría haber tenido una infancia peor. Creo que tuve una niñez demasiado anodina como para llevar la clase de vida que me gustaría llevar. Además, soy de Jersey. Y ese estigma es increíblemente duro de soportar. Cuando me mude a la ciudad, no volveré a decirle a nadie de dónde soy. No tendré raíces. Los desarraigados están muy de moda.

–¿Qué tal el trabajo hoy? –me pregunta mi madre cada día durante la cena, mientras me pasa la verdura. Siempre se empeña en que cenemos juntos. Creo que es su parloteo lo que mantiene la familia unida.

–Bien.

Vivir en casa después de la universidad es como estar en el instituto. Cada día, tus padres piensan que algún insignificante acontecimiento de tu vida los catapultará de nuevo a los días más felices de su juventud. Lo que no entienden es que los acontecimientos que podría compartir con ellos (como, por ejemplo, borracheras, chicos y desparrame general) se han vuelto tan pedestres como los de sus vidas. Es muy duro.

Después de la cena, me siento en el cuarto de estar y veo a mi padre cambiar de canal durante un rato. Mi madre me pide ayuda con un crucigrama. Es en momentos como este cuando sé que tengo que buscarme un apartamento en la ciudad. Por fin me voy a la cama cuando empieza el programa de Leno, pero no puedo dormir. Creo que lo que me preocupa es meterme con Ro en un atolladero del que no pueda salir. Imagino que me da miedo el compromiso. Además, ahora mi vida estará sometida al escrutinio de Roseanne. ¿Y si no doy la talla? ¿Me importa lo que le cuente a la gente de la facultad sobre mi vida en Nueva York? Claro que un trabajo de contable no resulta tan excitante como uno en una editorial. Sé que es ridículo, pero a la gente siempre le impresiona que trabaje en Prescott Nelson.

Lo peor de todo va a ser decírselo a Tabitha. Es un poco rara con las caras nuevas, y no sé qué le he contado sobre Roseanne. A veces tiendo a exagerar cuando creo que las partes involucradas nunca van a conocerse. Estoy segura de que lo he hecho con Roseanne. Si salen juntas, ¿afectará la impresión que tengan la una de la otra a su opinión sobre mí? Pero, en fin, me estoy adelantando a los acontecimientos. Seguramente nunca le habré hablado de Roseanne, salvo de pasada.

–¿Te refieres a esa que le hizo una mamada a un tío en el cuarto de baño de un bar?

Aunque la música está alta, Tabitha alza demasiado la voz. He esperado una semana para contárselo. Estamos en una fiesta en honor de una poetisa que acaba de publicar un libro. Una vieja amiga de la Cangrejo. Le doy la noticia cuando ya estamos ambas levemente beodas. Un tipo horrendo sonríe al oír que Tabitha habla de sexo oral. Ella lo mira con desprecio.

–Entonces, esa tal Rhoda, ¿va a venir?